

**DESTELLOS
DE VIDA**
MEMORIAS

papel de liar

**FRIDERIKE
ZWEIG
DESTELLOS
DE VIDA
MEMORIAS**

Traducción de Pablo Álvarez

papel de liar

TÍTULO ORIGINAL
SPIEGELUNGEN DES LEBENS

Publicado por:
Papel de liar

C/ Bruc 63, Pral. 2ª – 08009 Barcelona
Tel.: 93 272 08 50 – Fax: 93 488 04 45

Publicado en Austria por Hans Deutsch Verlag en 1964
y en Alemania por Fischer Verlag GmbH en 1985

Copyright 1964 de Friderike M. Zweig

Copyright 2008 de la traducción de Pablo Álvarez

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Instituto Goethe,
cuyos fondos son sufragados por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Global Rhythm Press, S. L.

ISBN: 978-84-936679-2-4

DEPÓSITO LEGAL: B-3015-2009

Diseño gráfico ENRIC JARDÍ
Preimpresión LOZANO FAISANO, S. L.
Impresión y encuadernación SAGRÁFIC

Fotografía de la cubierta: Imagno, Hulton Archive, Getty Images

Primera edición en Papel de liar: enero de 2009

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro –incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet– y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*A mis hijas
y a mis fieles amigos
con cariño y gratitud*

Sumario

A modo de introducción	13
<i>Primera parte</i>	15
El juicio de Dios	17
Diario de guerra	53
<i>Segunda parte</i>	87
Romain Rolland	105
Albert Schweitzer	113
Albert Einstein	117
Máximo Gorki	119
Los músicos	135
Los actores	141
Pasteur	177
<i>Tercera parte</i>	187

Seré entonces capaz de recordarlo todo, pues
la memoria no ha de serme menos fiel que el
corazón.

Bettina Brentano a Goethe

A modo de introducción

En este libro de recuerdos he querido reunir fragmentos de mi vida: reflexionar sobre ellos, ponerlos en su contexto, con vistas al futuro, de dentro hacia fuera y de fuera hacia dentro. No me siento llamada a decir más, ni tampoco menos. En él hablo de mí misma y del largo tiempo en que he vivido y en el que tantas, tantísimas cosas han cambiado. Habrá algunas que se antojen anticuadas, polvorientas; otras llevarán consigo el hábito del tiempo y darán fe de la época de incertidumbre en que vivimos. Yo, con todo, y a diferencia de mi esposo Stefan Zweig, jamás sufrí la pérdida de la seguridad; la mía se encontraba y se encuentra en otro lugar; es intemporal, por bien que a este respecto la palabra «eternidad» pueda resultar excesiva. Quisiera decir que estos fragmentos ilustran asimismo el cuarto de siglo anterior a que nuestros caminos se cruzaran. Del tiempo en que avanzamos juntos, y que en lo esencial no terminó nunca, he mostrado mis propios pasos y los de aquellas personas que se acercaron o se unieron a nosotros. Algunas de ellas contribuyeron a modelar el perfil cultural y artístico de nuestro siglo, y por ello creo que acerté en ir más allá de mi persona para tratar acontecimientos internos y externos de nuestra convulsa época, que pese a las sombras también nos deparó momentos de ilusión y esperanza.

Interrogarse acerca del contenido de nuestros recuerdos más tempranos es una costumbre humana muy antigua. En ocasiones nuestra memoria se remonta sorprendentemente atrás en el tiempo, si bien corremos el peligro de considerar reminiscencias propias acontecimientos que a menudo nos contaron en familia y en la intimidad, y que de este modo se han grabado en nuestro pensamiento. Comoquiera que se transmitan, los recuerdos más arraigados parece que guardan relación con hechos que nos causaron miedo y te-

mor. La historia del mundo y de las religiones nos ha legado no pocos testimonios del tiempo instigados por el miedo. ¿Acaso no ordenaron erigir los faraones las imponentes pirámides para ocultar y proteger del enemigo, en el más allá, a sus momias con sus sarcófagos? Existe una constante en la literatura mundial, una cadena ininterrumpida que alcanza desde las terroríficas historias de la mitología antigua hasta las narraciones policiacas de nuestro tiempo.

No debe sorprendernos, pues, que en nuestras propias vidas el miedo casi imprima la huella de lo imperecedero en determinados acontecimientos. Me propongo ahora narrar dos experiencias de mi primera infancia, en parte marcadas por el desasosiego y en parte por el terror. Una de ellas no pude vivirla en primera persona, ya que aconteció dos años antes de mi nacimiento; sin embargo, y a causa de circunstancias extraordinarias de carácter local y familiar, ha acabado formando parte de mis recuerdos.

Primera parte

El juicio de Dios

Tras la caída bursátil que conmocionó y arruinó a tantas vidas, Viena florecía de nuevo. Bien es cierto que se le habían recortado las alas al lujo, y que más de uno, precipitado desde las alturas de su suntuoso estilo de vida, comprendía al fin que de las ruinas del antiguo esplendor sólo podían rescatarse valores interiores como el amor por la naturaleza y el arte, así como el contacto con un mundo cuyas fronteras lindaban con las de la Cultura. De ahí procedían las «personas de bien» de Viena, la gente de mundo, el impulso internacionalista que animaba al intercambio cultural y que sofocaba, cuando menos temporalmente, las corrientes chauvinistas. El arte y sus altares eran el punto de intersección del mundo entero. Una década después del hundimiento de la Bolsa, sin embargo, ese ánimo se vio acompañado de un ansia de sensaciones nuevas. Otros estratos sociales habían hecho fortuna y se esforzaban por emular a la clase establecida. En 1881, con ocasión del estreno de los *Cuentos de Hoffmann* en el Ringtheater de Viena, pobres y ricos compitieron por asistir a tan gran acontecimiento teatral: los grandes de antaño y hogaño y, junto al grupo de auténticos entusiastas, sus epígonos. De inmediato se agotaron las entradas para todas las representaciones. Quedó de manifiesto el carácter feacio de los vieneses, epíteto éste acuñado mordazmente por el poeta Grillparzer. Compartir los placeres, al parecer, era la sal de la vida. Otra muestra de frivolidad era lo mucho que se apostaba y se jugaba por aquel entonces. Apostaba el hombre humilde, incluso el obrero, y el dinero así ganado se apostaba de nuevo con la misma despreocupación. Cuando «algo pasaba», el patriotismo local obligaba a sus ciudadanos a participar en ello. Más de uno, amante de su gente y de su hermosa patria, veía con preocupación que frente al progreso de

otras naciones la propia fuera quedando rezagada a causa de la despreocupación general, y se alarmaba al comprobar la indiferencia y la inercia política y social. Las autoridades municipales democráticas, en cuyo seno no existían todavía divisiones confesionales, hacían lo posible por despabilar a aquel insulso rebaño. Fue necesario un cataclismo para que aquella sociedad entumecida recuperase la compostura. Algo que no debiera sorprendernos, por otra parte, puesto que escapaba de su propia dejadez como accionada por un resorte.

La gente acudió al teatro con la despreocupación acostumbrada; era un día festivo. La platea, el patio de butacas y los palcos eran un hormiguero de colores y voces, de deslumbrantes pecheras y fracs y señoras escotadas, en los que convivían el mal gusto más conmovedor con la auténtica elegancia. Los advenedizos, necesitados de un reconocimiento social, se pavoneaban junto a la modestia de los auténticos. El paraíso se sabía lejanísimo, perdido en las alturas, con un tropel de gente en su interior, los escogidos, a los que seguramente apenas llegaría un leve zumbido pero que sin embargo estaban allí como público del público. Flaubert dejó dicho en algún sitio: «Amémonos en el Arte como los místicos se aman en Dios, y palidezca todo ante ese amor». Y palidezca también la envidia, que habita entre las condecoraciones y el lujo y las reverencias ante los altares del Arte. Pero aquella velada estaba destinada a sellar una unión terrible entre el peligro y la muerte.

Se oye un sonido peculiar en el teatro; de las primeras filas sube una pequeña columna de humo, el telón ondea como una bandera al viento y se hace un silencio ominoso. Una voz estalla como una fanfarria sobre la multitud: «¡Fuego, fuego!». En menos de nada, la multitud se convierte en una densa maraña apelotonada como un puño en el peligro. El miedo se apodera de los presentes, que se agolpan en busca de un mismo objetivo: la salida, las puertas, el aire, la vida. Las cariátides doradas de las balaustradas relucen ya iluminadas por una luz fantasmagórica. Dos coristas en traje de lentejuelas aletean sobre el escenario vacío como movidas por la corriente que levanta el fuego. El humo asoma negro por entre el destello de las llamas y trepa hacia el paraíso. El nerviosismo ha dado paso al grito de cien gargantas a la vez. Algunos se precipitan desde lo alto y ya en el sue-

lo son trampolín de quienes siguen empujando. Pero, horror, el avance se detiene. Las puertas y los pasillos son demasiado estrechos, no todos pueden huir hacia el aire, hacia la libertad, lejos del abrazo de la muerte, hacia la vida. Desesperados, se hacinan en otras vías, se pierden por pasillos sin salida y habitaciones apartadas, y para todos ellos el humo ennegrece el camino. Alcanzan pasillos confusos, laberínticos, suben, bajan, atenazados y aturridos por el terror, y muchos encuentran en las ventanas su única salvación, pues el humo mortífero bloquea el camino de regreso. Corren peligro de asfixia. Cuando parece que buena parte de la muchedumbre, tras lograr salir de la sala hacia los pasillos y los espacios laterales, consigue al fin acercarse a las salidas, se apagan las luces de gas. Ninguna lámpara señala las salidas de emergencia. La gente se ve aplastada en la terrible oscuridad, forzada a una espantosa compresión mutua. En esa pugna inmisericorde, los hombres empujan sin miramientos a las mujeres y ropas y pieles quedan reducidas a jirones.

Por la ciudad se ha extendido como un reguero de pólvora la noticia del incendio. Caballos a galope, espumajeando, tiran de raudos carruajes; se abren las ventanas, se cruzan gritos y preguntas. Quienes creen tener algún conocido en el teatro se dirigen angustiados hacia allí. Las llamas del incendio que lo engullen ya como enormes hornos tienen tres focos principales: la platea, el tejado y los pasillos. El despliegue de bomberos no se ha completado todavía. De ventanas y balcones asoman personas, con sus gritos ahogándose en el fragor del incendio, siluetas negras recortadas sobre un flamígero trasfondo y brazos que claman al cielo pidiendo socorro. Una cortina de llamas señorea cada puerta, cada ventana. El fuego se abate voraz sobre la escalera y deja a su paso tan sólo las vigas metálicas y el resplandor fantasmagórico de los pasamanos. El chisporroteo del fuego ahoga el crujir de la estructura. En torno al edificio en llamas se ha congregado una creciente multitud. Las bombas hidráulicas funcionan ya, bomberos, serenos y algunos hombres de entre los presentes se adentran en las llamas infernales con ánimo de salvar vidas. Aquí y allá saltan haces de chispas que transmiten con lengua ardiente la noticia. La gente, desvalida, rodea el edificio llameante. Los de mayor presencia de ánimo arrancan de entre el gentío a quienes están a punto de asfixiarse, reaniman a los desvane-

cidos, separan a los muertos, consuelan a los afligidos. Un anciano que viste un hermoso abrigo de piel sujeta a su temblorosa mujer y grita en francés, con voz quebradiza de viejo: «*Es-tu en haut, Julie?*». Al fin llegan las escaleras. Son demasiado cortas. Se despliegan ya las lonas. Un hombre en mangas de camisa avanza a gachas sobre la barandilla del balcón; de improviso se pone en pie, se da la vuelta y desaparece. Entre el gentío puede distinguirse a un figurante de la obra que lleva una camiseta de color carmesí. Gira incesantemente sobre sí mismo, como una peonza ardiendo.

En los cafés vecinos se reúnen quienes, agotados o levemente heridos, cuando no casi sin ropa, han conseguido escapar del incendio. Señoras con su atuendo arruinado, oficiales en guerrera, caballeros sin gabán, actores disfrazados y figurantes maquilladísimos abarrotan los locales para protegerse del frío. Muchos se dan cuenta sólo ahora del peligro mortal del que han escapado. Macabras descripciones caldean los ánimos y el miedo empuja a los más asustadizos de nuevo a la calle. Un resplandor sangriento se abre paso a través de las ventanas reventadas, y da la impresión de que el juicio final ha estallado, el juicio de Dios.

Todos los accesos del edificio en llamas están ahora completamente bloqueados por el gentío. Un humo pestilente se ha adueñado del aire. Plomo derretido fluye por una escalera tras la entrada principal abierta de par en par, y salta y salpica como en una cascada. Las galerías se han desplomado, y el espacio que anteriormente ocupaba la segunda platea ha quedado reducido a un desolador montón de escombros del que asoman maderos humeantes y cuerpos en llamas. El calor es todavía tan abrasador que hace falta una voluntad extraordinaria para adentrarse en el edificio. Terrible espectáculo, el de las vigas descubiertas, de las que cuelgan cadáveres mutilados. Aquí y allá burlones cordeles metálicos se enroscan en torno a los cortinajes carbonizados, y las tuberías del gas se yerguen retorcidas como flamígeras llamas.

Los días siguientes transcurren entre la búsqueda y la identificación de cadáveres y restos humanos en el lugar del incendio, los hospitales y las morgues. De los restos carbonizados, de los esqueletos ruinosos cuyos rostros carecen ya del más mínimo rasgo, penden todavía jirones de vestidos de gala, y en algún que otro dedo

brilla aún un anillo. En el pecho de algunos se ha depositado el dinero encontrado en su cuerpo y que el calor de las brasas ha deformado. Se ha paleado y cribado la amalgama de cadáveres carbonizados en la ennegrecida antesala en busca de más restos. Pero de poco o nada ha servido para identificar a los muertos. En el cercano edificio de la policía, una escalofriante exposición de platos de porcelana contiene restos de prendas, piezas de joyería, llaves, prendas de amor, zarandajas que la gente acostumbra a llevar consigo. En otra sala se expone sobre una mesa una extensa colección de relojes. Algunos funcionan todavía, como si permaneciese en ellos un soplo de la vida de sus propietarios. Varias personas deambulan silenciosas o visiblemente emocionadas junto a los trágicos despojos. Algunas obtienen una trágica confirmación al localizar los míseros restos de un desaparecido.

Una imprudencia inexcusable tuvo la culpa de la muerte de casi cuatrocientos alegres vieneses.

En 1889 se produjo otro acontecimiento que conmocionó profundamente a la ciudad de Viena. En aquel momento fui consciente sólo en parte de la tragedia que supuso, ya que me enteré de ello por canales poco comunes. Tía Emma, la hermana menor de mi madre, estaba casada con un oficial superior de la marina austriaca, que por entonces se encontraba a bordo de su buque en el Lejano Oriente. Con ocasión de este viaje, tío Emil von Wohlgemuth había obtenido licencia para abandonar su cargo de ayudante del príncipe heredero Rodolfo. Recuerdo al detalle el cuarto de mi casa natal, en Viena, en el que me encontraba junto a mi madre cuando tía Emma entró atropelladamente al grito de: «¡Rodolfo ha muerto!». Pese a mis siete años fui perfectamente consciente del horror que entrañaba aquella terrible noticia, puesto que tía Emma constituía en mi mente infantil y en la de mis hermanos una figura de cuento de hadas, así como el príncipe heredero, a sus treinta y un años, y el resto de la familia imperial habitaban un territorio igualmente romántico. Tía Emma no encajaba en absoluto en nuestra burguesa vida familiar. Era en todos los sentidos una persona radiante y extremadamente vivaz, a diferencia de mi madre, toda ella dulzura y sereni-

dad, y que durante toda su vida dejó un rastro de paz a su paso. Tío Emil irradiaba también serenidad. Era un hombre noble, digno y erudito, huérfano temprano de un gobernador de Siebenbürgen, y en sus años de joven cadete había navegado por el polo junto a Tegetthoff. La pacífica isla de Nueva Zembla, hoy en boca de todos por ser escenario de pruebas atómicas, era uno de los destinos de su travesía. Era geógrafo, amén de oficial de marina, y quizá fuera ése el motivo por el que el príncipe Rodolfo le había escogido como su ayudante. A los veinticinco años, Rodolfo de Habsburgo tenía sed de conocimientos, madurez de juicio y una actitud crítica ante las circunstancias políticas, que paulatinamente viraba hacia un rechazo interno del gobierno en el poder. No era un secreto en círculos de palacio; la consecuencia era una crítica más o menos abierta hacia su persona y cierta prevención en su presencia. No tengo constancia de que tío Emil supiese de las intrigas urdidas en torno a Su Alteza. Cuando regresó de su travesía, el emperador Francisco José le hizo entrega en audiencia privada del sable de almirante que había pertenecido a su hijo, trágicamente fallecido. Tía Emma nunca quiso revelarnos si su marido llegó a obtener información sobre la controvertida causa de esa muerte. Muchos años después conocí detalles interesantes de la persona del príncipe heredero por medio de mi amiga Berta Zuckerkandl-Szeps. Su padre, Moritz Szeps, propietario de un importante diario vienés y periodista de prestigio, había asistido a Rodolfo en la publicación de un tratado de geografía y había sido su ayudante y confidente. Berta, muchacha de gran inteligencia, trabajaba entonces como secretaria para su padre. Su hermana estaba casada con el hermano del destacado político francés Georges Clemenceau, que con motivo de la boda acudió a Viena. Aprovechando la circunstancia, se produjo un encuentro nocturno entre el insigne hombre de Estado y el príncipe heredero. Todavía hoy no deja de tener interés que este príncipe, conocido póstumamente por su agitada vida sentimental, fuese además el defensor en la sombra del sueño de Victor Hugo de una Europa unida. Tras la entrevista con Rodolfo, Clemenceau dijo: «No hay más que ver sus ojos para entender que hablamos con un escogido. ¡Cómo me alegra reconocer en él un espíritu democrático y rebelde!».

El príncipe heredero Rodolfo, que apareció muerto en el pabellón de caza de Mayerling en compañía de una jovencísima muchacha de la nobleza, era un hombre cuyas inquietudes no se limitaban al plano político. Era hijo de una mujer excepcional que, para escapar en la medida de lo posible a la vida encorsetada de palacio, se embarcaba en largos viajes y se alojaba en románticos castillos junto al mar, donde se entregaba a su devoción por los poetas. Durante los compromisos oficiales solía ocultar sus facciones tras un abanico. Por este motivo, sólo una vez pude ver sesgadamente a la hermosísima emperatriz junto a la también bella zarina, mientras, en compañía del emperador y de sus invitados, paseaban por las calles del Prater. Era una Wittelsbach, y sin duda esa peligrosa herencia se manifestó tanto en la vida como en la muerte de su hijo. Todavía hoy contemplo desde aquellos tempranos recuerdos el rostro noble del príncipe heredero en las numerosas fotografías que, dedicadas a mi tío Emil y enmarcadas en plata, adornaban el salón de mi tía junto con las de su hijita, «la pequeña Isabel», la favorita de los vieneses y que recientemente ha fallecido, viuda de un diputado socialista.

De mis padres nada puedo contar que los vincule a la vida de palacio. Con todo, la historia de cómo se prometieron conserva un hálito de romanticismo. A consecuencia de una pierna rota y mal curada, mi madre ya de niña tenía una minusvalía, con una rodilla algo rígida que la obligaba a cojear un poco. Su ánimo jamás se vio enturbiado por ello, y en una ocasión en que acompañó a su hermana a un baile y se sentó entre las demás muchachas, se le acercó uno de los bailarines para pedirle un vals. Consciente de que debía renunciar a tal placer, le rechazó. Cuando por segunda vez tuvo que rehusar a bailar con el joven, éste se quejó a uno de los invitados de la fiesta que ya había sido presentado a la muchacha. Cuando supo de su condición se sintió conmovido y avergonzado. Le pidió entonces permiso para unirse a su conversación. De allí nació una amistad que acabó floreciendo en una promesa de matrimonio, que no tardó en concretarse, ya que mi padre ocupaba un cargo remunerado tras haber asistido a la escuela superior técnica de Praga con la ayuda de su tío Friedrich Burger, en cuyo honor fui bautizada más adelante. Mi querido abuelo, a causa de la numerosa prole con la que había sido bendecido y el sueldo exiguo de su cargo de director

de escuela en una pequeña ciudad eslovaca, no había estado en condiciones de proporcionar estudios universitarios a su hijo Emanuel. Siguiendo el ejemplo de su benefactor, mi padre financió años más tarde los estudios de dos de sus sobrinos. Labró también un porvenir para varias de mis primas, con la aprobación y el apoyo de mi madre, pese a que los ingresos de mi padre apenas aumentaron paulatinamente. A sus seis hijos les proporcionó una formación impecable, y nunca nos faltó de nada. No pasó ningún verano en el que no viviéramos varios meses en el campo. Nosotros no íbamos de balneario en balneario, como se había puesto de moda entre algunas familias, algo que por otra parte no hacía sino incrementar la tensión de los niños. Nosotros disfrutábamos de auténticas vacaciones. Recuerdo como si de una verdadera residencia de verano se tratase nuestras acostumbradas estancias en el pueblecito moravo de Frain, junto al río Thaya. Un modesto castillo de estilo francés se alzaba sobre un peñasco reverdecido que las aguas revueltas del río bañaban. No muy lejos de allí, en dirección al valle, se encontraba otro edificio alargado propiedad del castillo: la fábrica de vidrio. En otra época se había elaborado allí auténtico cristal de Bohemia, ya que la nobleza gustaba de adornar con su nombre y símbolo la producción de cerámicas y cristales. En la década de los ochenta del siglo XIX, el edificio industrial del conde Hardegg había sido transformado en residencia de verano. En el enorme patio central había un pozo con cubo y cadena. Una escalinata conducía desde otro patio a varias cocheras que albergaban antiguos carruajes con asientos tapizados en seda. El viejo guarda nos permitía, con sus muchas llaves, el acceso a aquel auténtico paraíso. En el antiguo almacén podían encontrarse aún vasos abandonados de todos los colores. Había recipientes de todo tipo y tamaño, copas esbeltas, talladas y majestuosas, pero también fragmentos rotos junto a muebles de otras épocas. El viejo jardín de la fábrica había sido dividido en parcelas para las distintas viviendas, y en cada una de ellas los inquilinos habían podido plantar flores y verduras según considerasen oportuno. Ahora trabajaban allí encajeras de bolillos y pulidores de madreperla que fabricaban botones. Disponíamos de un pequeño carro tirado por un burro, con el que hacíamos excursiones a los pueblos vecinos; en ocasiones nos extraviábamos y temíamos el

asalto de los bandidos que, según contaban, poblaban todavía los grandes bosques. Éstos, en realidad, sólo escondían ciervos y venados, y estaban cubiertos de hermosísimas flores. Era un verdadero paraíso infantil y la lección de ciencias naturales más gráfica que imaginarse pueda. Esos parajes siempre han sido para mí los más cercanos, quizá también porque Adalbert Stifter, mi poeta preferido, los describe en sus obras. La Naturaleza en todas sus manifestaciones me hacía feliz y esa herencia recibida de mi patria, rebotante de hermosuras, me enriquecía.

Recuerdo otro verano que pasamos junto al cálido lago de Wörth, en Kärnten, para poder ir a nadar. Sucedió que el campanario de la iglesia se derrumbó durante la misa dominical y sepultó a una de las personas que estaban arrodilladas en su interior. Durante varios días y noches pudieron oírse sus quejidos, hasta que finalmente consiguieron sacarle de entre los escombros. Curiosamente, a merced de este trágico recuerdo, Stefan Zweig y yo constatamos que de niños habíamos pasado el mismo verano en Pörtschach.

Para que mi padre y alguno que otro de mis hermanos mayores pudiesen disfrutar del solaz estival tras los días de oficina, en años posteriores pasamos el verano cerca de Viena, en la zona del hermoso y justamente valorado bosque de Viena, donde nos alojábamos en casas con bonitos jardines. La burguesía del momento, por lo general, había conseguido alcanzar un nivel de vida bastante confortable. Es muy probable que nuestra familia se lo debiera a tío Friedrich.

Mi tío Friedrich Burger fue durante un tiempo presidente de la Cámara de Comercio de Viena. Un bonito retrato al óleo le mostraba enfundado en una de esas camisas con cuello de punta que parece clavarse en la barbilla. Renovador en el campo económico, fue pionero en la introducción primero en Hungría y más tarde en Austria de las compañías de seguros, en especial de la aseguradora de incendios North British, fundada en Edimburgo en 1809 y cuyo palacete frente al edificio londinense del Banco de Inglaterra tuvo la ocasión de visitar en 1936. A mi padre le fue confiada la Secretaría General de Viena y, más tarde, la presidencia de la Unión de Reaseguradoras. Cada año llegaba a Viena procedente de Londres el señor Winsor, inspector de subsidiarias extranjeras, para visitar junto a mi padre las filiales de la sociedad en el por entonces todavía

extenso reino. En una ocasión, el viaje tocó a su fin en Trieste, donde, por disfrutar del placer de unas ostras, mi padre contrajo un virulento tifus, que años más tarde desembocaría en la afección renal que acabó con su vida. En ocasiones, el señor Winsor traía consigo a sus hijas, de educación muy británica, que comparecían a la cena esplendorosamente arregladas, según se estilaba en su país. Con ellas entraba «el mundo» a nuestro hogar. Mis hermanos pasaban entonces a ser sus *escorts*. Mis hermanas y yo practicábamos nuestro inglés, de estudio obligado en la escuela privada a la que asistíamos. Nuestros padres habían confiado nuestra educación al prestigioso instituto Luithlen, porque responsabilizaban a la escuela pública de la trágica muerte, a los once años de edad, de su idolatrada hija Anna Maria. Había caído víctima de una epidemia de difteria tras participar junto con otros niños de la escuela en un desfile organizado con motivo de una festividad. Mi madre y yo solíamos visitar su tumba, y hace pocos años todavía deposité flores en su lápida. Sobre el obelisco de arenisca hicieron grabar en oro una rosa arrancada. Otras tumbas infantiles rodeaban tan trágico lugar.

El deseo de tener de nuevo una niña se vio cumplido con el nacimiento de Poldi, aunque apenas un año después nació yo. Más tarde, cuando creí entender que mi hermana, y no yo, era la hija anhelada y deseada, me sentí perjudicada sin que existieran motivos reales para ello. Esa experiencia me ayudó a convertirme en una persona autónoma y autosuficiente. Siempre que creía que recibía un trato desigual, se debía sin duda alguna (eso creía yo) a que mi hermana era la niña buena y acomodaticia y yo la mala y con ideas propias. Fui creándome poco a poco un mundo en el que los libros pronto ocuparon un papel determinante, pues parecían comprenderme mejor que las personas. A menudo me escondía con ellos para que nadie me molestara ni se burlara de mi evidente entusiasmo. Primero fueron cuentos cortesianos, como los de Auerbach, y más tarde las obras de Adalbert Stifter, mi poeta favorito. No sólo se convirtieron las muchachas de *Flores del campo* en mis modelos, sino que hice míos los ideales del autor: «Sólo sé una cosa: durante esta corta existencia deseo amar y proteger a todas las personas que una ola arrastra hacia mi corazón tanto como pueda serle dado a una persona; así debo hacerlo, para que sólo una parte de las monstruosidades

a que mi corazón me empuja se cumpla. Y me equivocaré sin duda, pero volveré a dar amor, aun cuando amor no reconozca; y no lo haré por debilidad, sino por obligación. Sentir o corresponder con odios y discordias es una debilidad; ignorarlos y contrarrestarlos con amor es fortaleza».

En mis primeros diarios se hace mención de una «monstruosidad» que me satisfacía enormemente. Era una especie de sensación cósmica, mezclada con una precoz ansia amorosa, aunque reprimida por mi educación y por una virtud rayana en la mojigatería que me empujaba a evitar toda oportunidad de aprendizaje que se me presentara. Con ánimo de embridar las curiosidades precoces, en el instituto Luithlen se repartían tan sólo libros censurados. Recuerdo los gruesos trazos negros con los que se habían hecho «inofensivos» renglones enteros y que permitían dar rienda suelta a la fantasía. Durante las horas de clase, una maestra de cierta edad acostumbraba a sentarse en una mesita apartada y ejercía de carabina mientras corregía ejercicios. No sabría decir si era a nosotras, las niñas, o a los respetables caballeros encargados de transmitirnos sus conocimientos a quienes se consideraba criminales necesitados de vigilancia; ésta, en todo caso, se aceptaba como cosa normal. Debo reconocer, aun así, que más tarde, durante el bachillerato femenino, un profesor de física ya entrado en años gustaba de enseñarme experimentos a solas hasta que por fin entendí el motivo de tal privilegio. Aunque mi absoluta falta de talento para la física y las matemáticas no hay que justificarla en este suceso. Cuando pocas semanas antes del fin de las clases enfermé de paperas y tuve que dejar de asistir al colegio (con lo que sobre mí se cernió la amenaza de la prueba de recuperación en otoño y unas vacaciones agriadas), a mis padres no les costó convencerme de que renunciase a la «estrafalaria idea» de aspirar al doctorado, como yo habría podido pretender tras la satisfactoria conclusión de mis estudios en aquella escuela novísima «para la educación superior de las mujeres». Para no tener que renunciar a mis ambiciones femeninas de poder, si así lo deseaba, ni a mantenerme por mis propios medios, me centré en la preparación de unas oposiciones para el puesto de maestra de francés, con objeto de adquirir amplios conocimientos de las literaturas francesa y alemana, así como de pedagogía y psicología. Muy

pronto comprendí que no era posible aprender por completo una lengua sin conocer a fondo la historia del país, y cuando años más tarde di clases de francés en un instituto de Viena ofrecí en paralelo a las horas de literatura una introducción al periodo histórico correspondiente.

Lo que más me empujó a aprender un oficio fue ese orgullo que me ha acompañado a lo largo de toda mi vida. Deseaba, y eso en nada afectaba a mi conciencia, ser libre para poder emplear el dinero y dedicarme a mis actividades incluso cuando quienes podrían concederme los medios necesarios para practicarlas no estuviesen de acuerdo con ellas. Cuando murió, mi padre era ya pensionista, y la renta que le quedó a su viuda era bastante exigua. Pero para entonces yo ya había comenzado en secreto a dar lecciones de francés: que yo dispusiese de ingresos propios habría herido el concepto de responsabilidad de mi madre, una mujer muy de su tiempo. Mi actividad profesional, por otra parte, no sólo me resultaba agradable por la pasión por la enseñanza que me ha acompañado hasta hoy y que posiblemente deba a mi abuelo: siempre me he complacido en oponerme a prohibiciones absurdas. Hay que decir, por otra parte, que yo había recibido mi primera paga mucho antes y sin secretismos. Mi tía Emma Wohlgemuth me había contratado como secretaria gracias a la afición que demostraba en la escuela por la escritura. En sus hermosos aposentos encontré diversos enigmas. Allí estaba un busto suyo, obra de Carrier Beuleuse, el maestro de Rodin, realizado por encargo de un príncipe de los Balcanes y que la mostraba en todo su esplendor. De la existencia de aquel príncipe daban cuenta también las coronas dentadas que adornaban junto a los objetos de plata el tocador de mi tía. Las fotografías de aquella mujer alta y delgada sentada al pescante de un carruaje en el Bois de Boulogne espoleaban también mi fantasía. En aquella época, las niñas educadas no hacían preguntas, y mi madre era por demás de carácter extremadamente reservado. La fuente de informaciones habitual era Rudi, mi hermano, quince años mayor que yo, que había desentrañado algunos de los secretos familiares y había presenciado alguno que otro más, y al que no le importaba irse de la lengua, por así decir. Me contó, por ejemplo, que cuando el príncipe quiso presentarse a mi padre como fiel y morganático esposo, éste,

con toda su dignidad burguesa, le puso de patitas en la calle. La convivencia con el príncipe había comenzado años atrás. Mi madre, la hermana mayor de Emma, fue pupila durante siete años en el convento de las ursulinas de Linz, y de niña incluso había tenido que sostener la bacinilla durante los sangrados que las monjas practicaban en el hospital del convento; Emma, mucho más temperamental, consiguió imponerse a su madre y convertirse en cantante de operetas. Jovencísima, y con toda seguridad insuficientemente preparada, fue abucheada durante su debut en el teatro Wiedner de Viena. El fiasco no fue con todo definitivo. En uno de los oyentes (el príncipe), y posiblemente en bastantes más de entre los asistentes, la desesperada bella había alcanzado un éxito innegable. Éste solicitó permiso para personarse en su camerino y consoló como pudo a la llorosa muchacha. Allí comenzó una prolongada relación, consolidada en París.

Las costosas pieles del armario de mi tía hablaban de sus contactos con Rusia y de su matrimonio con un barón que había muerto ahogado en Odessa. Para entonces se habían divorciado, y cuando mi tío Emil Wohlgemuth quiso desposar a la divorciada tuvo que viajar a San Petersburgo para arrodillarse ante el zar, ya que sólo él tenía el poder de disolver legalmente un matrimonio en Rusia. De los tres compañeros de tía Emma sólo llegué a conocer a uno: mi queridísimo tío Emil. La orden leopoldina que le había sido concedida le hacía acreedor de una baronía, pero para desmayo de mi tía prefirió seguir usando el título de «señor de» de sus antepasados. Era noble de la cabeza a los pies. Recuerdo la paciencia con la que se sentaba junto a su madre, enmudecida tras un infarto, y cómo le contaba historias que ella no era ya capaz de comprender. Para mí, sin embargo, eran de no poca importancia, pues en ellas relataba sus extensos viajes por mar. Prueba de estas aventuras era el extraordinario mobiliario que tío Emil había conseguido pasar de contrabando a bordo de sus barcos, primero a Trieste, donde había sido comandante del puerto, y más tarde a Viena. Tenía armarios con incrustaciones de madreperla, lámparas talladas, preciosas alfombras y espléndidas cortinas y exóticas estatuas y muñecas, de las que mi hermana y yo recibíamos no pocas. Uno de mis más ardientes deseos navideños se materializó una vez en un grueso libro rica-

mente encuadernado que llevaba por título *En el lejano Oriente*. Ante mí se abrió un mundo repleto de misterios. En mi fantasía viajaba también por la India, y décadas después seguí con comprensible entusiasmo el trabajo de mi querida amiga Madeleine Rolland y su hermano mayor a favor de la independencia de la India. Cuando en Salzburgo recibimos a huéspedes indios y pudimos saludar a Rabin-dranath Tagore, el príncipe de las letras indias, me sentí transportada de nuevo a mis ensoñaciones infantiles.

Tras la muerte de tío Emil en un sanatorio de Viena, su joven viuda pasó a ocupar un destacado papel como organizadora de galas benéficas y cofundadora de una exitosa organización para la lucha contra la tuberculosis. A diferencia de mi modosa hermana, yo me resistí a participar en tales festejos cuando alcancé la edad. Desde mi puesto de secretaria había reconocido pronto aquella feria de las vanidades por lo que realmente era. Compartía, eso sí, el amor de mi tía por los animales. A lo largo de los años tuvo como mascotas un mono, que a menudo lanzaba objetos contundentes por la ventana; un papagayo, que después de muerto encontró su lugar en una abollada caja de hojalata de la cajonera de su escritorio; y la mansa paloma *Putzi*, que le acompañaba en todos sus viajes. *Flocki*, el spaniel Rey Carlos, alcanzó una edad matusalénica; mi hermana y yo nos encargábamos de sacarlo a pasear por los terrenos cercanos a la iglesia votiva para que satisficiera sus necesidades. Tía Emma estaba siempre de buen humor y canturreaba constantemente en todos los idiomas todas las operetas de Offenbach, pero a menudo ofendía mi delicada sensibilidad. Así, me parecían despreciables los comentarios despectivos que se permitía cuando salía de paseo con un general anciano y sordo: «¡A ver cómo nos libramos hoy del viejo asno!», o «¡El pobre está hecho un cascajo!». Las personas con alguna invalidez, no importa cuál sea el mal que les aqueja, han despertado siempre en mí un gran respeto y la voluntad inmediata de prestarles ayuda, posiblemente por el recuerdo de mi valiente y nunca quejosa madre. Porque a menudo son héroes, héroes cotidianos jamás recompensados, cuya indomable voluntad les empuja a ser una persona más en un mundo indiferente. Nada es para estos héroes más importante que estar a la altura de las personas sanas. A sus cinco años, mi hija Susanne vio por primera vez a un hombre que avan-

zaba penosamente ayudado por dos muletas. Cuando, ya oscurecido, me acerqué a su cama para darle un beso de buenas noches, me preguntó si el hombre de las muletas habría llegado ya a casa. Más adelante, cumplidos los diez años, de regreso de la escuela, se retrasaba en ocasiones en la subida de Kapuzinerberg para salvar a los caracoles que se asomaban al sol y que corrían el riesgo de ser pisoteados. Hoy, junto a su marido, practica la pesca con entusiasmo, lo que supone el sacrificio de gusanos y criaturas marinas. Pese a ello, ha conservado su buen corazón. Demasiado a menudo llevamos dos almas en el pecho, lo que nos hace la vida bastante más fácil, puesto que nos ayuda a evitar conflictos de conciencia. Vegetariana por convicción, yo misma he comido carne durante muchos años, y me gustaría poder decir que ésa es la única traición que he cometido contra las compasivas tendencias de mi corazón. He aquí otra de nuestras contradicciones juveniles: tanto las futuras pacifistas como sus amigas coincidían en sentirse atraídas por los uniformes. Mi hermana y yo acompañábamos a nuestra tía al desfile de Año Nuevo en el Schmelz, donde el emperador Francisco José, rodeado de generales de verdes penachos y en presencia del cuerpo diplomático, vestido para la ocasión, pasaba revista a sus tropas. Las bandas militares acometían las marchas Radetzky y Rakoczi a primera hora de la mañana, acompañadas generalmente por un sol espléndido. Si el cochero de nuestra tía no había sido capaz de encontrar un lugar satisfactorio, ella no dudaba en revelar su rango a uno de los jinetes uniformados encargados de velar por el orden, que de inmediato nos conducía a un lugar de privilegio desde el que presenciar el colorista espectáculo. A Poldi y a mí, vestidas de manera idéntica como era costumbre en aquellos años, nos emocionaba sobremanera descubrir entre los jinetes o los participantes del desfile a algún conocido. Mi interés se centraba en Ali Aliprandi, teniente de dragones con galones amarillos sobre casaca azul celeste; siendo todavía cadete de caballería había sido nuestro vecino de mesa en un hotel de Ischl cuando yo contaba catorce años, y con él mantuve mi primer flirteo. Recuerdo aquel verano en Ischl no sólo por el primer beso de aquel apuesto joven y por el elegante olor a cuero de Rusia de su casaca hilada en amarillo. En el mismo hotel se alojaban por entonces dos conocidos escritores vieneses, Arthur Schnitzler y

Richard Beer-Hofmann, este último de una imponente belleza oriental. Uno y otro pugnaban sin tregua por los favores de una señora de aspecto algo inquietante. Con sus elegantes trajes blancos de franela y las cuidadas barbas que por entonces se estilaban, aparecían ante aquella niña de catorce años como magos de un mundo desconocido. Aunque, frente a la terraza de nuestro hotel, vivía en una villa con jardín una persona mucho más famosa: nada menos que Johann Strauss, el rey del vals. Estaba por entonces muy achacoso, y podía vérselo pasear lentamente por las calles con capa gris y sombrero de ala ancha. Las salinas eran punto habitual de encuentro para los artistas. En aquel mismo St. Wolfgang, donde se alza el famoso hotel romántico Im Weissen Roessl, vi años después a otra celebridad mundial, e intercambié incluso algunas palabras con él; el primer grande de la literatura americana a quien tuve ocasión de conocer: Mark Twain. Su hija estudiaba en Viena bajo la tutela del pianista Leschitzky. Se había celebrado un pequeño torneo de tenis, y yo había ganado los dobles mixtos junto a un inglés. Aquel forastero de boina calada sobre los cabellos revueltos había asistido como espectador a los partidos y felicitó a la jugadora, la cual, tal como dictaba la moda, había disputado el encuentro con falda larga, cuello duro y sombrerito de paja.

En el vecino Ischl, diversos potentados extranjeros gravitaban todavía en torno a la modesta residencia de caza del viejo emperador, a pesar de que el ocaso de la monarquía había comenzado ya. Las diferentes provincias del imperio, anexionadas a Bohemia y a Hungría, formaban una curiosa unión que a menudo amenazaba con romper sus costuras. Regidas constitucionalmente desde 1848, había sido posible mantener su cohesión y superar sus diferencias por medios más o menos violentos. Las sesiones de la cámara de diputados podían llegar a ser turbulentas. Entre mis recuerdos más tempranos se cuenta un suceso que casi podríamos llamar un alzamiento: una explosión histórica, debida a las disposiciones lingüísticas. Como casi cada día, habíamos salido a pasear con nuestra niñera francesa. Al llegar al parque del ayuntamiento, incomprensiblemente desierto aquel día, un señor nos salió al paso y rogó a la muchacha (cuyo dominio de la lengua alemana dejaba algo que desear) que abandonase de inmediato el parque, ya que se

había producido una revuelta en las proximidades y estaban a punto de llegar tropas a caballo. La lucha contra las disposiciones lingüísticas y en defensa de los derechos de las minorías objeto de aquella revuelta había tenido vergonzosas consecuencias en repetidas ocasiones. Recuerdo (tuvo que ser esto durante la Primera Guerra Mundial) que al actor checo más destacado del momento se le negó el permiso para actuar en el Teatro de Viena. Tuvo que hacerlo en una sala ignota, algo que intensificó mi postura crítica frente a las incoherentes políticas de los padres de la patria. No fueron, por tanto, sentimientos monárquicos los que me empujaron a rechazar años después la ventajosa oferta de la *Hamburger Illustrierte* de traducir las memorias de Bratfisch, cochero privado del príncipe heredero Rodolfo, publicadas por aquella época en París; fue más bien lealtad a la memoria de mi tío Emil. Las memorias no parecían inverosímiles, pero no cuadraban con las versiones más o menos oficiales de la desgracia. En la extensa biografía del emperador Francisco José escrita por el conde y embajador Saint'Aulaire, éste afirmaba que la jovencísima Maria de Vetsera había sido la amante que había acompañado al archiduque en la muerte, pero que sólo había sido un capítulo más en el historial amoroso de su adorado príncipe. Lo que me conmovió sobremanera en aquella biografía no fueron las cartas de despedida del heredero, en las que apuntaba al suicidio, sino la información de que aquel infortunado había sido un suicida mórbido, que en numerosas ocasiones había intentado convencer a muchachas para que diesen con él el paso definitivo. La policía, alertada al respecto, había alejado de Viena en dos ocasiones a posibles compañeras en el viaje para conjurar el peligro. Es posible distraer con razones al aquejado de tan trágico impulso, pero no (como quedó de nuevo de manifiesto en el caso de Kleist) cuando la compañera, enferma también o desesperada, está dispuesta a ello y anhela la muerte porque su amado sólo desea compartir ésta con ella, y no la vida.

Era habitual en Viena disimular la consternación: nadie se lamentaba más de lo necesario. El congreso, por así decir, seguía bailando. Y así era, literalmente. No es casualidad que el vals sea una invención vienesa. Ello explica la importancia que se concedía a las clases de baile durante mis años escolares, que en nuestro instituto

Luithlen impartía un miembro del ballet de la Ópera vienesa. Comenzamos con la polca, con sus vigorosos brincos al ritmo de una música ramplona; acelerada, la polca podía adquirir un *tempo* casi desquiciante. El vals se bailaba con mucho sentimiento. En el baile por cuadrillas predominaba la amabilidad. También aprendimos a bailar el *lancier* y el minué, pese a que no disponíamos de pelucas blancas sino de largas trenzas, cuanto más largas mejor, que adornábamos con cintas de colores. La madurez se manifestaba en el recogido de la trenza en un moño y en las faldas largas que tanto envidiábamos a nuestras hermanas mayores. Se pasaba entonces a las veladas de baile de verdad, los primeros bailes privados y, finalmente, a la presentación en bailes de sociedad. Solía invitarse a hermanos, primos y amigos a los bailes que se daban fuera de la escuela. Podría decirse que así se nos daba rienda suelta al mismo tiempo. A aquel baile concreto que ha permanecido en mi memoria asistieron también jóvenes de provincias, principalmente de Bohemia, que pasaban el invierno en Viena para cursar allí sus estudios. Los muchachitos de Praga se interesaban por la literatura y eran bastante marisabidillos. Alguno que otro llegaría con el tiempo a ser una celebridad. En manos de algunos de nosotros habían caído libros como *Fuerza y materia*, de Büchner, e *Historia del materialismo*, de Lange, lo que nos conducía a encendidos debates durante las pausas entre bailes. Los chicos praguenses eran unos sabihondos arrogantes, y no me gustaban nada. Felix von Winternitz, en cambio, era distinto. Estudiaba derecho, y era modesto y educado. Era hijo de uno de los periodistas más respetados de Viena, más tarde funcionario de alto rango en la oficina literaria del Ministerio de Exteriores en Ballhausplatz y presidente de Concordia, la asociación de escritores y periodistas para la que instituyó un fondo de pensiones destinado a huérfanos y viudas. El emperador Francisco José, a quien había servido bajo cuatro ministros de exteriores, le había concedido la orden de Francisco José y un título honorífico. Hijo de una viuda pobre de Bohemia, había podido beneficiarse de la generosidad de unos parientes adinerados que le costearon estudios universitarios. Al igual que mi padre, y en recuerdo de la ayuda recibida, asistió más tarde a sobrinos y nietos que contaban con escasos medios en trances parecidos. Durante un tiempo fue responsable

de los premios Grillparzer y Bauernfeld; el joven Stefan Zweig, a quien admiraba, fue uno de los galardonados. Se había casado ya mayor con la hija de un rico comerciante de Budapest, cantante de *lieder* de Brahms con una agradable voz de contralto. Johannes Brahms y Jakob von Winternitz acostumbraban a encontrarse en torno a una mesa del Winterbierstube, lo que posiblemente fomentó el vínculo musical con su mujer. Ésta, para consternación de su esposo, falleció muy joven, y le dejó solo con dos muchachos a los que crió con todo el amor, la atención y el tesón imaginables. Tal vez se excediera en su empeño, puesto que, pese al excelente carácter de ambos, en ninguno se desarrolló una gran iniciativa. Nada de esto sabía yo cuando Felix von Winternitz se acercó a mí radiante aquella velada de baile. Él, huérfano de madre, debió de sentir una mayor calidez en mí que en las demás muchachas, a menudo altaneras, malcriadas y muy viajadas, que preferían hablar sobre Taormina o Atenas. Los placeres a los que habíamos tenido acceso mi hermana y yo y mis cuñadas en compañía de mis hermanos habían sido de carácter más modesto. Consistían en paseos por los hermosos alrededores de Viena, jornadas de esquí en las vecinas montañas, e incluso en excursiones alpinas en el Rax, pero sobre todo en visitas a la ópera. Vivíamos fascinados por Wagner, y hacíamos cuanto estaba a nuestro alcance para conseguir asientos en el olimpo del teatro. Todo aquello se adecuaba al gusto de Felix, acostumbrado como estaba a salir de excursión con su padre y el asistente de éste y a estudiar las plantas del camino; había heredado, además, la musicalidad materna. A la ópera llevaba consigo las partituras; nos sentábamos muy juntos, y la música hizo el resto para acercarnos. Gustav Mahler era nuestro ídolo. Como director de orquesta era el gran mediador entre la trascendencia de la música y su interpretación material. Su solo aspecto resultaba fascinante, y sus movimientos sobre el estrado eran los de un genio capaz de transportarnos a otros mundos. En tales trances, lo imposible se antojaba factible, la fantasía sustituía a la razón y el romanticismo devenía realidad. Tras un sinfín de actividades en común, Felix y yo nos planteamos prometernos. Para entonces yo ya había rechazado dos «peticiones de mano» en firme. Pero Felix debía enfrentarse a un obstáculo familiar mucho más severo. Su padre tenía prevista para él una carrera

diplomática, que como era habitual requería una importante dación económica para hacer frente a los gastos suntuarios. La hija de un amigo ya fallecido de su padre era una de las muchachas más ricas de Viena, y su madre había dado la aprobación a aquel matrimonio. Pero Felix y la joven heredera tenían otras intenciones. Lo que yo podía aportar al matrimonio apenas habría bastado para complementar su modesto sueldo de funcionario y con él fundar un joven hogar. La perspectiva de tan poco ventajoso casamiento supuso para su padre una importante decepción. Pese a ello, aquel hombre maravilloso me acogió de todo corazón, algo que me llenó de orgullo y de amor hacia él. Felix y yo teníamos mucho en común: coincidíamos en nuestra manera de pensar y en muchas de nuestras tendencias. Mis escauceos literarios le complacían. Fue él quien me inició en la política exterior. Pero la prolongación de aquel noviazgo mantenido en un primer momento en secreto supuso un peligro que nosotros, jóvenes e inexpertos, no supimos interpretar. Estábamos por una parte muy unidos el uno al otro, pero en mí se fue desarrollando una madurez que superaba con mucho a la de mi compañero. Y así iba haciéndose patente, sin que nunca lo llegásemos a reconocer, que carecíamos de acuerdo en un punto importantísimo. La timidez y la ternura nos impedían plantearlo abiertamente y yo misma esperaba en secreto que con el matrimonio desapareciesen todos los resquemores. En abril de 1906 se celebró sin alharacas nuestra boda en la Iglesia de los Minoritas. Fue necesario posponer el viaje de bodas y las excursiones por los glaciares hasta las semanas de vacaciones. Nos trasladamos a una pequeña vivienda ajardinada en Döbling, cerca de una escuela privada en la que continué mi actividad docente. «El anciano caballero», pues así se hablaba en la familia del señor Von Winternitz, nos visitaba a menudo. A partir del momento en que esperamos nuestro primer hijo cambiamos aquel alojamiento por otro más espacioso y soleado, en el que mis hijitas pasaron sus primeros años. Las niñas me trajeron tal alegría que al menos en un principio nada me importaban otras carencias. Tenía por entonces además fuerzas suficientes para hacer frente en solitario a muy diversas obligaciones. Nuestra situación, pese a ello, fue empeorando. Para sorpresa de la familia, teníamos entre nosotros a un jugador, el marido de mi hermana. Durante el viaje de bodas se

había jugado y había perdido la dote de boda en Montecarlo. La familia tuvo que realizar considerables sacrificios para rescatarle de situaciones potencialmente embarazosas. Por el dinero prestado me prometieron valiosos objetos en prenda y unos generosos intereses. Nada habríamos arriesgado si Felix hubiese cumplido con la obligación contraída de controlar el pago gradual de la deuda y recaudar las correspondientes sumas. Pero su despreocupación, por desgracia, no conocía límites. Tuvieron que pasar muchos años hasta que obtuvimos una mínima restitución, y ésta ya en los tiempos de la inflación. Disgustado hasta lo inimaginable por el comportamiento de su nieto, el acaudalado abuelo de Felix le retiró todo apoyo, en lugar de ofrecernos ayuda. Durante unos días que pasamos en la montaña, mi pequeña, que no contaba entonces dos años de edad, enfermó de una grave disentería que evolucionó en una incapacidad crónica de su débil cuerpecito para asimilar las grasas. Hoy es una enfermedad de sencilla curación, pero en aquel entonces era una dolencia gravísima, que en su caso no remitió sino hasta pasados tres años, pese a la intervención de reputados pediatras. El peso de estas nuevas desgracias era superior a mis mermadas fuerzas. Nada había cambiado en mi cariño por mi amable aunque pusilánime marido, pero no esperaba ya apoyo ni asistencia alguna de él. La incipiente lucha por la equiparación de los derechos de la mujer no había despojado todavía al hombre de su tradicional posición protectora, que se identificaba con su hombría. Durante siglos habíamos aprendido a «admirar» al hombre. Si una mujer era fuerte, no podía sino esperar que su marido fuese más fuerte. Pero ahora se había producido un vacío: comenzaba una nueva fase en mi vida. Lo primero que tuve que hacer fue esforzarme por conseguir una base profesional y financiera para mis actividades literarias. Mi suegro aprobaba y apoyaba esta iniciativa. Encontré mecenas y maestros entre los editores de revistas y periódicos literarios. Enorme y duradera influencia ejerció sobre mí el profesor Franz Strunz, verdadera eminencia de las ciencias naturales, un campo que me cautivó y que finalmente me animó a emprender la redacción de una biografía de Louis Pasteur, que se publicó en varios idiomas y que todavía hoy se lee en Suiza. El profesor Strunz, temprano descubridor de Kierkegaard, era también director de *Westermanns Monatsheften*, en

el que publicó mis narraciones; siendo él director del centro cultural Urania de Viena, me invitó a dar allí una conferencia. También el *Wiener Zeitung* y el berlinés *Vossische Zeitung* me aportaron reconocimiento e ingresos. Mi suegro se sentía feliz y orgulloso. Frecuentaba nuestra casa como invitado y como el cariñoso abuelo que era. Nada de ello cambió tras las alteraciones que habían de producirse en la composición de la familia.

Felix se vio aquejado de una dolencia estomacal en los meses de primavera e ingresó en un sanatorio en las cercanías de Viena. Cuando fui a visitarle me percaté de que una interesante mujer, también paciente del establecimiento, acaparaba su atención. Pocas horas después, de camino a casa, me reuní con unos amigos con motivo de la despedida del genial actor y cantante Girardi, en el Stelzer de Rodaun, un concurrido local cuyo jardín lindaba con los muros de la casa de Hugo von Hofmannsthal. Entre la clientela, me dijeron, había un grupo de escritores y poetas jóvenes. Noté que alguien del grupo me dirigía expresivas miradas. Era Stefan Zweig. Aquello no tuvo más efecto que un mayor interés por la lectura de sus versos y novelas. Cuatro años después se repitió el encuentro, después de que yo me desplazara por un día y una noche a Viena desde mi cercana residencia de campo. De nuevo fue en el patio de una casa de comidas, el Riedhof. El bohemio de otrora había dado paso a un elegante joven. Se fijó en mí cuando un conocido se acercó a nuestra mesa y me tendió un libro del catálogo de Insel, *Himnos a la vida*, de Verhaeren, en la versión de Stefan Zweig. Leí aquellos hermosos poemas, primorosamente traducidos, durante el viaje de regreso a mi residencia veraniega. Hacía poco que me habían publicado un artículo, *Cartas estivales*. Se lo envié junto con un agradecimiento por el placer que me había proporcionado leer su traducción. Me respondió que había notado con agrado el modo en que su librito cayó en mis manos. Me contó también que en breve visitaría a su adorado maestro Emile Verhaeren en Bélgica, y que le gustaría poder verme a su regreso; antes, empero, me pedía que le llamase para poder oír mi voz. La suya, que también yo ardía en deseos de oír, sonó en aquel momento distinta a la que más tarde aprendería a conocer y amar. Pero ocurrió entonces algo extraño, algo que, como supe por simi-

lares acontecimientos posteriores, no podía ser obra de la casualidad, ya que uno de tales sucesos se había producido en nuestra infancia. En aquel entonces, la «providencia» había hecho un primer intento no consumado de ponernos en contacto. Los fortuitos encuentros en Stelzer y Riedhof fueron en este sentido un innegable paso adelante. A éstos siguió una nueva «casualidad»: el doctor Erich Störk, amigo de infancia, y que durante algunas semanas estivales me había dejado al cuidado de sus hijos, fruto de un matrimonio ya concluido, nos hizo saber que acudiría a visitarnos en el coche de un paciente. En el viaje le acompañaría un primo del propietario del coche llamado Stefan Zweig. Lo sorprendente era que éste no sabía en aquellos momentos de relación epistolar ni mi nombre ni mi dirección, ya que le había rogado que de forma anónima dirigiese sus misivas a un apartado de correos. De ahí la imposibilidad de que hubiese planeado aquella excursión con el fin de sorprenderme. Que en el último instante no pudiera acudir no reduce en absoluto la sorpresa de este nuevo intento del «destino». Veintinueve años después se produjo una circunstancia todavía más asombrosa. Debo añadir que el artículo que le había enviado aparecía firmado tan sólo con las iniciales F. M. v. W. Pese a que nuestros encuentros se habían producido en lo que podríamos llamar un «flirteo», conocer a Stefan Zweig, ya entonces un literato reconocido, era todo un acontecimiento literario para mí, pobre e inexperta neófita. Aquello redujo la ligereza de una aproximación que había comenzado anónimamente y que no quería ver reducida a una especie de pasión infantil. Es posible que escenificásemos una pequeña comedia al subrayar el carácter literario de la floreciente amistad: para él no había nada de extraordinario en mostrar simpatía por jóvenes autores que él consideraba de talento, y la misma actitud deseaba ahora mostrar conmigo. No sabría decir hasta qué punto yo misma estaba dispuesta a engañarme. En aquel momento, él estaba muy ocupado con los ensayos de la representación en el Burgtheater de su pieza *La casa junto al mar*. Mi suegro, gran admirador suyo, renunció en mi favor a la entrevista que debía haber mantenido con él para el periódico. Hasta entonces, sólo en una ocasión había tenido oportunidad de realizar un encargo semejante para el *Hamburger Fremdenblatt*; en

ausencia del reputado crítico de arte Franz Servaes se me había cedido el espacio de su columna. Desde hacía tiempo tenía planeado visitar diversas redacciones tanto en Berlín como en Hamburgo para imprimir un nuevo aliento a mi carrera literaria. En breve debía estrenarse *La casa junto al mar* en Hamburgo, pero Stefan Zweig no estaba todavía seguro de poder asistir al estreno. Para mi alegría, estando yo en Berlín, llegó la noticia a mi hotel de que él también se encontraba en la ciudad, al tiempo que me invitaba a presenciar en su compañía el estreno de *El profesor Bernhardt*, de Schnitzler. Decía también en su mensaje que esperaba que pudiese acudir a Hamburgo. Estaba de excelente humor. Recuerdo que compró una cesta de naranjas y que fue repartiéndolas entre los niños de la calle. En Hamburgo, adonde llegó antes que yo, quiso tenerme preparada una habitación en su hotel favorito junto al Alster, para que le fuese más fácil hacerme llegar noticias suyas, ya que iba a serle casi imposible verme en la ciudad. Puesto que las noticias que me llegaban de mis hijas eran satisfactorias (mi hermano médico las visitaba casi a diario), me decidí henchida de alegría a visitar la ciudad favorita de Stefan Zweig. Él había procurado que en mi habitación no faltaran flores y frutas, y un amigo suyo había enviado unos ciclámenes junto con el ofrecimiento de convertirse en mi guía de la ciudad. Era un joven abogado de muy buena familia, y, como no pocos hamburgueses, se mostraba algo envarado y bastante hastiado de su ciudad. Nosotras, las vienasas, gozábamos de muy buena reputación tanto en Berlín como en Hamburgo. Visité en su compañía el barrio portuario de Sant Pauli y las sorprendentes calles en las que mujeres maquilladas se exhibían sentadas ante ventanales iluminados con farolillos rojos, y en las que la policía patrullaba en formación de a cuatro. Mi entrevista con la redactora del *Hamburger Fremdenblatt* transcurrió satisfactoriamente, y en el hotel me esperaba una nota que me comunicaba que el actor Wlach me acompañaría a la representación de *La huída de Gabriel Schilling*, en el teatro Schauspielhaus, para «que lo conociese antes de la velada próxima». Zweig, en su hermosa y redondeada letra y con la tinta lila acostumbrada, me escribía también que tras la representación estaría muy cansado, pero que deseaba verme al día siguiente en Lübeck, ciudad que yo tenía

previsto visitar, y donde celebraríamos juntos su cumpleaños. Desde Lübeck, si yo estaba de acuerdo con el plan, emprenderíamos el camino de regreso, con una parada en Leipzig. En Travemünde vi por primera vez el mar. ¿Cómo soportar la vida cotidiana tras aquel viaje? En Lübeck olvidé la cotidianeidad.

A partir de entonces nos vimos a menudo, en su casa, en la mía, en el teatro y en la sala de conciertos. Procurábamos todavía mantener cierta distancia. Pronto resultó evidente, con todo, que la situación resultaba dolorosa para ambos. Opté por escapar. Un pediatra de excelente reputación realizaba por aquellos días las pruebas de una cura para niños enfermizos en Ritten, cerca de Bolzano. Yo estaba más que dispuesta a someter a tal tratamiento a mi pobre hijita, de modo que una gélida noche de invierno abandoné Viena en compañía de mis dos hijas y de la enfermera de quien tanto se había encariñado la pequeña a comienzos de su dolencia en un sanatorio muniqués. En la gloriosa soledad de las montañas, frente al macizo de Rosengarten, recibí una tras otra las cartas de Stefan y los libros que él me enviaba, como el *Jean Christophe* de Romain Rolland, a quien Stefan veneraba. La distancia era sólo espacial, pese a que Stefan viajó más tarde a Sicilia. Resultaba evidente que la lejanía no cumplía ya con su función.

Nuestra estancia en Bolzano no sirvió para que mi pequeña aumentase de peso. Nos trasladamos a Merano, de clima algo más acogedor. Allí comencé a escribir la novela *La llamada de la patria*, que merecería la visita de Rainer Maria Rilke tras su estancia en Rusia. En Merano, sin embargo, la enfermedad de Suse degeneró en una crisis que me hizo vivir los momentos más espantosos de toda mi vida. Un joven médico rural le salvó la vida, y a partir de aquel episodio creció como una niña sana. El recuerdo de Stefan y su fidelidad me ayudaron a mantener mi fortaleza. Mi suegro, siempre fiel, acudió a visitarme. También vino el padre de Suse, pero al encontrarla ya en fase de recuperación no llegó a comprender cuán grande había sido el peligro de perderla. Vivía en Viena con su padre, para compensarlo por la ausencia de las niñas. Pronto subieron las temperaturas en Merano, y el perfume de las flores impregnaba embriagadoramente el aire del sur. Recibí un poema de Stefan, «A la golondrina», que años más tarde incluyó en su *Poesía*

completa. No dejaba lugar a dudas acerca de lo que sentía por mí. De regreso a Viena, envié a las niñas junto con la niñera, donde las esperaban mi madre y su abuelo, y permanecí dos días en Semmering para recuperar el aliento. Sí, hasta entonces había contenido el aliento, y ahora era como si de nuevo volviese a respirar. Tras de mí quedaba un tiempo difícil de preocupaciones y privaciones.

Ya no me sentía a gusto en la casa de Döbling. Las largas ausencias nunca están exentas de peligros. Consternada y al mismo tiempo decidida, había perdido al fin el hogar que tenía bajo mis pies. Debía pensar en la mudanza, visto que la huida al Tirol nada había cambiado entre Stefan y yo. Además estaban las niñas, y la amistad que mantenía todavía con Felix, y me prometí que no pondría impedimento alguno ni a él ni a su padre para que se dejasen ver por mi casa siempre que quisieran. Lo cierto es que sólo mi suegro hizo uso frecuente de mi ofrecimiento, ya que Felix, cuya actitud hacia las niñas era más amigable que paternal, hacía tiempo que se había hecho a su vida de soltero y a otras compañías.

Decidí instalarme cerca de Viena, en Baden, la conocida ciudad de los balnearios; una decisión juiciosa, ya que tanto el abuelo como Stefan la visitaban a menudo, y Stefan incluso pasaba varios días en ella cuando debía superar alguna fase especialmente ardua de su trabajo. Allí se sentía menos atosigado que en Viena. Así sucedió, por ejemplo, cuando trabajaba en su biografía de Dostoievski. Ésta le mantuvo ocupado durante años, y no sólo debido a la inmensa cantidad de material de estudio. La primera versión era muy extensa: buena prueba de ello la da el manuscrito casi sin recortes que la Fundación Schiller del Museo Nacional de Marbach compró a un vendedor suizo en 1957. La generosidad del autor queda de manifiesto si consideramos lo mucho que descartó para escribir un ensayo de 109 páginas que se publicaría en el volumen *Tres maestros*, de la colección Constructores del mundo. En 1957, tras la conferencia que leí en la Biblioteca Estatal de Stuttgart a propósito del coleccionismo de autógrafos y del coleccionista Stefan Zweig, el director del famoso Museo Schiller, el doctor Bernhard Zeller, me mostró el elegante manuscrito; habían pasado unos treinta y ocho años desde que lo sostuve entre mis manos por última vez, y me pareció reconocer en algunas páginas anotaciones en mi propia caligrafía. El

doctor Zeller me permitió que las copiara. Quiero ahora incluirlas en este texto, en recuerdo de mi profunda implicación en el trabajo de Stefan. Fueron escritas en 1918, después de que Stefan me enviase parte de lo que había redactado tras mi breve estancia en Amden, un pueblecito de las montañas suizas, para que le diese mi opinión.

El sentido de su destino

«Cf. página 14: La vida mantiene etc. (repetición de repeticiones), debería ligar de inmediato con la justificación, algo así como: “Pero no es sin motivo que la vida, etc.”».

»Cf. página 28: dos veces la misma imagen de la ascensión. Personajes de Dostoievski: la lucha por la verdad. Yo no lo veo así. Hay también pasión por mor de la pasión. Pasión en el sentido más literal del término, es decir, lo que ocasiona dolor. Es la obsesión por el objetivo la que genera esta pasión enceguecida. Esa verdad es precisamente sufrimiento, llama, y no salvación, ni disolución del dolor que nos atenaza. Querer saber la verdad última no es querer pruebas para la razón, sino sentir la proximidad de Dios en el exceso, en la desmesura; son orates y necesitan el peligro para poder experimentar su voluntad de sacrificio. Falta también esa vertiente: el desprecio que sus personajes sienten por el poder y las mentiras terrenales, mientras que quienes lo poseen se avergüenzan e intentan ahogarlo en la depravación, quizá como consecuencia de su condición de siervos, de la que también ha calado algo en la sangre de los poderosos. Así como el gozo de la suciedad y las bajas pasiones para sentir cuanto les es común».

En realidad, yo ya estaba familiarizada con la obra completa de Dostoievski antes de mi estancia en Baden, y había sostenido con Stefan animadas discusiones a propósito de las distintas novelas y de sus personajes, que me resultaban entonces todavía inextricables. ¡Cuán diferentes eran de los compañeros que hasta entonces había tenido en la literatura, salidos de los clásicos de las lenguas francesa y alemana! No conocía entonces lo suficiente a Stendhal ni a Balzac, y ni siquiera la madame Bovary de Flaubert me planteaba

el irresoluble enigma de aquellos personajes autodestructivos del mórbido y oscuro mundo ruso. La manera como fascinaban a Stefan a veces me hacía reflexionar, pero todavía no tenía la suficiente experiencia para extraer conclusiones psicológicas o psicoanalíticas; además, yo pretendía distinguir entre el autor y su obra.

Baden, además de ofrecer una solución aceptable para todas las partes implicadas en nuestra complicada situación, parecía asimismo posibilitar la espera. Y, a la vez, supuso una especie de depuración, en cuanto que Stefan la entendió como un nuevo preámbulo a nuestra relación futura. En Austria, el matrimonio católico hacía imposible volver a casarse tras un divorcio, con lo que éste no resultaba imperioso, toda vez que Felix no lo deseaba. Para el hombre, encontrarse entre dos aguas resulta más llevadero que para la mujer, incluso cuando ésta no puede contraer matrimonio en su nueva libertad. Tanto Felix como yo estábamos de acuerdo en no querer disgustar a su querido padre y en no plantear hechos consumados a mi familia, a la que Felix tenía también en enorme estima. Tampoco queríamos que pasara nada que pusiese en peligro su carrera de funcionario. Antes de la guerra se concedía un gran valor a la estabilidad personal. Así que cuando finalmente mi marido y yo acordamos divorciarnos, encontramos la manera de evitar siquiera aflicciones pasajeras, que más tarde habríamos sabido minimizar. Formalizaríamos la separación legal en unos juzgados locales, lejos de Viena, y, mientras Felix y yo lo estimásemos oportuno, no la daríamos a conocer. Para el «anciano caballero», de este modo, nada habría cambiado en el hogar de sus nietas.

Felix tenía un hermano, representante de un banco en París; se había casado allí con una muchacha muy agradable, que había trabajado en la *haute couture*. Su padre, sin conocerla, mantenía ciertos prejuicios contra ella. Y me pareció importante que se reconciliase de inmediato con su segunda nuera. Viajé a París, donde conocí a la encantadora Gilberte, mujer perfecta para la sencillez de Louis, y los invité a ambos a visitarme cuanto antes en Baden. Consecuencia de ello fue que el padre dio al fin su aprobación a la relación: cuando la guerra hizo perentorio para ellos abandonar París, Gilberte y Louis encontraron cobijo en su hogar.

Para mí, la breve estancia en París fue en muchos sentidos una

gran experiencia. Ver al fin los lugares que hasta entonces sólo habían sido escenarios imaginados a través del estudio y la lectura fue la materialización de un sueño, acentuado por todo cuanto veía a mi alrededor. El magnetismo de París emana a la vez del pasado y el presente. Ninguna otra capital del mundo contiene como París un resumen ininterrumpido de sus experiencias históricas y del auge artístico de todas las épocas. Pese a la importancia de las catedrales, los palacios y los demás tesoros selectos del resto de Francia, París ofrece experiencias que, alimentadas por elementos culturales e históricos, aparecen ante uno como una inmensa obra de referencia. Añádase a esta circunstancia el contraste de las distintas eras, como la asombrosa yuxtaposición del vivaz ajeteo de los juzgados con la joya de la Sainte-Chapelle, construida en la hermosa isla en torno a la capilla que contiene las reliquias de un rey elevado a los altares. El pasado sigue presente en la vida de sus gentes, se refleja en fases y tipos que se repiten una y otra vez y está anclado en la conciencia nacional y nacionalista del país. En tiempos de paz puede aparecer adormilada, sí, pero siempre hay una chispa en vela capaz de inflamarse. Yo misma la he visto renacer en diferentes ocasiones. Pero ¡cuánto de nuevo y viejo debía yo a aquel primer contacto con la ciudad de ciudades! Sucedió, además, que en aquella ocasión vi por primera vez a Romain Rolland en el pequeño hotel Beaujolais, en el Palais Royal, y gracias a su amistad con Stefan de inmediato me brindó la suya. Recibí al mismo tiempo el regalo de París y el de una relación de amistad afianzada en años posteriores con uno de los hombres más insignes de Francia.

Desde las ventanas del despacho de Louis von Winternitz en la Avenue de l'Opéra pude revivir visualmente un acontecimiento histórico de no poca importancia: en ese mismo escenario, el presidente francés Carnot, en sus mejores galas, y la pareja real británica habían ratificado la *entente cordiale* que tanto influiría sobre la Primera Guerra Mundial.

En lo que a Stefan y a mí respectaba, el divorcio no sólo nos había unido más, sino que él, sin prever todavía la trágica separación de ambos países, se había despedido definitivamente de una amiga parisina. Durante sus estancias en la ciudad, ella había sido para él

parte de París y de las gentes a las que él tanto había querido. No lo hizo porque sintiese que tenía una obligación para conmigo, algo que hasta cierto punto no llegó a suceder nunca, sino porque había encontrado una plenitud hasta entonces desconocida. Con todo, el distanciamiento absoluto de aquella amiga tan querida le haría comprender en primera persona las penurias de la guerra y cuán absurdas eran. Durante el viaje de regreso a Austria vi por primera vez lágrimas en sus ojos. Eran lágrimas de arrepentimiento al pedirme que le perdonase su «infidelidad». Volvería a ver esas lágrimas una segunda vez con ocasión de otra traición que le conmocionó profundamente: la declaración de guerra de Italia, la patria de su madre, a Austria.

Baden fue durante algún tiempo un refugio agradable. Cuando Stefan me visitaba, dejaba atrás sus inhibiciones de hombre de ciudad durante nuestros paseos por el hermoso paisaje de la población otrora habitada por Beethoven, y el escritor recuperaba su propio mundo. Se encontraba allí muy a gusto, e invitaba a sus amigos a visitarle. Mucho antes de presentarme a sus padres me llevó a conocer a su buena amiga la señorita Eugenie Hirschfeld, al igual que Mathilde von Maysenburg madre espiritual de jóvenes escritores, que se reunían en su casa para leer sus nuevas obras. Emil Lucka, el filósofo, Felix Braun, el poeta, y Victor Fleischer, narrador de antiquísimas historias germanobohemias, se contaban entre ellos. Todos acudieron a Baden para visitarnos, puesto que para entonces ya éramos «nosotros», aun cuando no compartiésemos todavía un mismo techo. Dos escritores de la Alemania imperial, hoy excesivamente olvidados, se acercaron también a Baden. Wilhelm Schmidtbonn, el renano, que transpiraba literatura por cada poro de su piel, y un imponente berlinés, Ernst Lissauer, ambos encantadores y de gran calidez en el trato, tan genial el uno como el otro y apasionados como pocos. Los dos me demostraron una enorme simpatía, lo que sin duda se debió al afecto que profesaban a mi pareja. Es probable que la compañera de la relación idealista y sin embargo claramente íntima de una persona tan excepcional como Stefan despertase una especial curiosidad. Schmidtbonn se personó en Baden junto a su mujer. Con él resultaba más fácil hacer tabula rasa que con Lissauer, cuya falstaffiana apariencia hacía que toda evasiva fuese equiparada

de inmediato a una terrible ofensa. Afortunadamente disponía de vías de desfogue. Era un brillante improvisador al piano, y un poeta rico y enérgico que me sepultó en una plétora de poemas, todos ellos deliciosos. Me los regaló en una copia manuscrita. Años después me rogó que se los devolviese, y muchos de ellos se publicaron luego en su poesía completa. Recordé tal cambio de parecer, si así puede llamársele, mientras traducía una narración de Edmond Jaloux. En ella, el amante deposita el manuscrito con sus mejores obras en el féretro de su esposa muerta, o de su novia; pasados los años, regresa en secreto al cementerio, abre la tapa del ataúd y recupera sus escritos.

Para Stefan y para mí, la estancia en Baden fue una época de armonía, que ni siquiera el atentado de Sarajevo consiguió enturbiar. Como cada año, Stefan tenía previsto realizar una visita a su adorado Emile Verhaeren, cuya obra le había traído la fama en los territorios germanohablantes gracias a las espléndidas traducciones realizadas a lo largo de dos años de infatigable trabajo. El reencontro con aquel hombre, que como Thoreau, como Walt Whitman estaba hecho en su vida cotidiana de la misma materia que su obra, era para Stefan una cura de salud que inducía en él una humanidad mucho más genuina. Tras su estadía en Bélgica debíamos encontrarnos en Zúrich para emprender un viaje por los lagos del norte de Italia. Tan fuerte era para Stefan la sensación de hermandad con otros pueblos, queridísimos para él a causa de la camaradería entre sus artistas (en lo que Romain Rolland llamaba *confrérie humaniste*), que le fue imposible, a él, tan pesimista y perspicaz en años posteriores, prever el inminente peligro. Permaneció en Bélgica hasta el último momento en que fue posible salir del país. Yo, por mi parte, viví la movilización en Tobelbad, un balneario en las cercanías de Graz, adonde mi amigo Erich Störk, cirujano jefe del mismo, nos había invitado a mi hija y a mí. No olvidaré nunca el paso incesante de caballos durante aquellos días, requisados en los confines más remotos del país, ya que por entonces los ejércitos no estaban motorizados. Aquellas nobles bestias reflejaban mejor aún que los humanos la imagen del sacrificio sumiso. En la clínica se celebraron manifestaciones patrióticas, exacerbadas por los siempre temperamentales clientes húngaros del balneario, que

solían acompañarlas con sus llantos y vítores. No se había formulado todavía una declaración de guerra, y aún podía producirse un giro hacia la paz. También yo creía que nuestros planes de viaje podrían mantenerse. Pero no pudo ser. Felix nos visitó, de uniforme, para despedirse: lo habían llamado a filas en un puesto de artillería en el Tirol. Me encomendó a la muchacha con la que había iniciado una relación y que más tarde, pese a la diferencia de edad, fue para él una excelente esposa, mucho más entregada de lo que yo jamás habría podido ser. Estuvo a su lado con enorme abnegación durante los largos años de su enfermedad. Felix alcanzó el éxito profesional y sobrevivió condecorado y respetado a los peligros de la era nazi gracias a su fiel y enérgica compañera. Durante los últimos años de su vida fue para él un alivio saber que yo había facilitado el traslado a Nueva York de la hija de aquel matrimonio (que durante la reciente catástrofe de la Segunda Guerra Mundial se encontraba en Inglaterra), y que ésta se encontraba bajo mi tutela. Más tarde pude también ayudar a su marido a cruzar el océano, y ambos, mediante el esfuerzo y la laboriosidad, consiguieron labrarse un futuro en este país. De no haberse formalizado el divorcio antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, quizás éste no se habría producido nunca, habida cuenta de los años críticos que nos tocó vivir. Y las vidas de todos nosotros, sin duda, habrían sido muy diferentes.

Los últimos días en Tobelbad transcurrieron en la angustiosa espera de noticias de Stefan. Por fin llegó una carta de Viena de la que se desprendía que contaba con que le llamarían a filas en breve. Llevé a las niñas de regreso a Baden y me dirigí de inmediato a Viena, para hablar con él y sacarle de su resignada actitud. Yo imaginaba para él y para su patria un destino muy distinto a jugarse la vida en las trincheras. Nos reencontramos en un café que ambos conocíamos bien. Casi no le reconocí. Se había dejado crecer la barba, como en tiempos bíblicos se hacía para expresar el duelo. No fue fácil convencerle de que debíamos intentar todo cuanto fuera posible para encontrar un servicio que no pusiera en peligro ni su vida ni su trabajo. Tras intentonas de todo tipo dimos con la solución más apropiada. Ingresó en el Archivo de Guerra de Viena, desde el que se publicaba la revista *Das Donauland* y el volumen *Österreich-Ungarn*

in Waffen, cuyo título algunos bromistas pronto cambiaron maliciosamente.* Los oficiales del Archivo de Guerra (entre los que se encontraba el comandante Karl Ginzkey, poeta y amigo de Stefan) eran también escritores, y comprendían bien su situación. Nunca trataron al sargento Zweig como un subordinado. Otros compañeros en la literatura buscaron su amistad. El mismo Rilke fue durante un tiempo compañero suyo en el Archivo.

Pese a los buenos tiempos transcurridos en Baden, los meses de la guerra nublaron la vida en la ciudad. Era preciso además no perder la presencia de ánimo, en especial cuando no se tenía a un pariente cercano expuesto en primera línea a los peligros del conflicto. Por esa razón, afectados y amenazados recibían de todos nosotros un especial cariño. De vez en cuando iba con mi amiga Emmi Weber-Störk (su marido médico trabajaba en un hospital de campaña en el sur del Tirol) a ver melodramas en el cine para poder llorar a gusto. Asistía como enfermera en el hospital de Baden, e intentaba encargarme de los pacientes civiles más abandonados. Pronto empezaron a llegar cartas desde el frente, a las que Stefan y yo respondíamos de inmediato adjuntando paquetes con provisiones. De mis hermanos, exentos del servicio por su condición de funcionarios, tan sólo mi querido Arnold ejercía de oficial médico en un regimiento de caballería. Por desgracia, al cabo de poco tiempo resultó imposible permanecer en Baden, ya que la ciudad se convirtió en cuartel general de la corte imperial. Se limitó el tráfico ferroviario. Los hombres, soldados y civiles, se habían visto reducidos a un estado de esclavitud que la mayoría aceptaba sin protestar, por patriotismo (*my country, right or wrong*) o por no querer escapar al sufrimiento común.

Yo no estaba dispuesta a permitir que el abuelo (cuyos dos hijos, aun sirviendo en la retaguardia, estaban lejos) se viese también separado de sus nietas y de mí misma, por quien tanto aprecio sentía. Desprenderse de la casa de Baden no supuso problema práctico alguno; era uno de los sacrificios que fue preciso aceptar. Tras un breve intervalo encontramos una hermosa casa en el distrito octavo de

* Sustituyeron la «a» de *Ungarn* por una «e», con lo que podía leerse «Austria: en armas a desgana» en lugar de «Austria-Hungría en armas». (*N. del T.*)

Viena, cerca de la Kochgasse, en la que residían tanto el anciano caballero como Stefan; las dos verandas daban al jardín de la escuela para hijas de funcionarios a la que a partir de entonces asistió mi hija Lix. Su abuelo y uno de mis hermanos formaban parte de la dirección de la misma. Lisi, la niñera, llamada también «palitroque», había estado durante años al servicio de mi familia; regresó entonces junto a nosotros, y permaneció quince años a nuestro lado. Tanto ella como Johann, el asistente que tantos años pasaría con nosotros en Salzburgo, eran pintoresquísimos personajes de estrambótica biografía.

En aquella casa me visitó Rainer Maria Rilke a su regreso de Rusia, obligado a disfrazarse, siquiera por un breve espacio de tiempo, de soldado; digo disfrazarse, porque ni siquiera el soldado Schwejk* podría resultar más grotesco vestido de uniforme que aquel etéreo e irreplicable hijo de las musas. Stefan, con todo, tenía un pariente lejano que como soldado era mucho más deslucido, ya que, a diferencia del atildado Rilke, era por ende un hombre extremadamente sucio, y ello no sin motivo. Se había dedicado a pasear durante horas frente al Ministerio de la Guerra, el soldado más feo de todo el ejército austriaco, hasta que por fin consiguió lo que pretendía: un alto mando, al verle por la ventana, dio orden inmediata de expulsarle de la gloriosa hermandad del ejército. A propósito de este joven se especulaba sobre quién le ayudaba a ponerse sus camisas, pues era imposible que una sola persona las dejase en semejante estado.

La visita de Rilke me alegró sobremanera. Sus ojos, al igual que los de Rolland, eran de un brillante azul celeste, y sus palabras eran redondas y armónicas como sus escritos. De él emanaba una enorme bondad, amortiguada quizá por cierta afectación próxima al esnobismo. En la sala de conciertos le vi inclinarse hasta tal punto en el besamanos de una de sus nobles protectoras que por un momento pareció que iba a partirse por la mitad. No era, como podía desprenderse de la lectura de *El corneta Rilke*, aristócrata de nacimiento: su padre había sido empleado en casas de la nobleza, y el

* El necio protagonista de *Las aventuras del valiente soldado Schwejk*, de Jaroslav Hasek, aceradísima sátira del militarismo. (N. del T.)

hijo, ennoblecido por obra y gracia del arte, llevaba la sumisión en la sangre. Debo agradecer a este príncipe de las letras su reconocimiento, que me animó a escribir en Merano la novela *La llamada de la patria*, así como el apoyo prestado para que iniciase mi segundo libro, *La avecillas*, que dediqué a Rolland. En la actualidad, mademoiselle Sagan nos ha acostumbrado a libros sobre jovencitas precoces, en modo alguno comparables a la Bettina de Goethe, «hija» ésta de su genio. Rolland, pese a sus elogios, no aprobaba mi osadía de colocar a tan tierna muchacha en situaciones peligrosas. Hace pocos días recibí una copia de las cartas de Stefan que se conservan en la Biblioteca Nacional y la Biblioteca Municipal de Viena. En una de las cartas leí un comentario a propósito de la novela. La carta está dirigida a un amigo que en otro momento había residido en Viena, y en ella le describe los imaginables cambios de la ciudad. Está fechada en Salzburgo el 19 de mayo de 1919. Dice así: «A causa de estas reflexiones he decidido establecerme aquí, hace un año, o quizá más; en una casa, que a usted sin duda le agradaría sobremanera, y espero poder disfrutar aquí de una vida serena. Concluyo así la relación de cuanto es relevante en mi vida de puertas afuera. Como bien sabe, vivo aquí con la señora Von Winternitz (de quien en breve aparecerá publicada una novela en S. Fischer). Sabrá también que no podemos casarnos, ya que en nuestra república libre los divorciados católicos como mi mujer están condenados a mantener su situación». El objetivo de la novela mencionada era mostrar que el erotismo, incluso en grado superlativo, en nada afecta a la existencia de valores humanos.

De nuevo en la gran ciudad, de vez en cuando intentábamos escapar y pasar al menos parte del año en el campo. Los miradores sobre los árboles no eran suficientes, si bien los que Stefan alcanzaba a ver en el parque de Schönborn inspiraron uno de sus más bellos poemas, *La fuente de plata*.

Corría 1916. Habían pasado cuatro años desde que Stefan apareciera en mi vida. Conservo de aquella época un diario nunca publicado: mis anotaciones recogen tanto el desarrollo de nuestra vida en común como los acontecimientos que se produjeron en los años 1916 y 1917. Comienzan durante una estancia en Salzburgo, que nada tuvo que ver con proyecto alguno de establecerse en la ciudad.